



Mal lugar para el turismo, un país convertido en patíbulo.

Suizos, colorados y orientales

Como el Uruguay no hay

HOY tiene una resonancia trágicamente grotesca. Pero "La Suiza de América" era el primer término hasta no hace muchos años. El segundo, ahora, en septiembre del 76: "Deben considerarse enemigos aun quienes son marxistas sin saberlo y todos los que piensen y actúen como marxistas" (revista *El Soldado*, órgano oficioso del Ejército uruguayo). Y entre ambos extremos se extiende el proceso de acelerado deterioro de lo que se exhibía como ejemplo de democracia. Con "un sol inigualable para los turistas". Lo que se va apagando desde la ambigua derrota electoral del Frente Amplio, pasando por el surgimiento y apogeo de los *tupamaros*, hasta llegar al golpe de Estado de Bordaberry en 1973, con la ayuda protagónica de las Fuerzas Armadas, y a la imposición autoritaria de Aparicio Méndez a partir del 1 de septiembre pasado.

La República Oriental del Uruguay, el país de territorio más pequeño de América del Sur, con unos tres millones de habitantes, tradicionalmente presentaba la fachada institucional más coherente

de todo el área. Pero en eso mismo radicaba su debilidad: que era una *fachada*. El resultado mediato del proyecto, en estilo radical-socialista, que había llevado a cabo entre la constitución de 1919 y su muerte, acaecida en 1929, la figura clave de la política uruguayo del siglo XX: José Batlle y Ordóñez.

Surgido del núcleo más tradicional del Partido Colorado y en permanente conflicto con el ala derecha debido a su proyecto de *Las*

Tres Democracias (ejecutivo colegiado, control industrial del Estado y laicismo sistemático), la política de Batlle y Ordóñez puso el acento en los problemas de Montevideo, logrando soluciones inmediatas para la población urbana, fundamentalmente de origen inmigratorio europeo, que se convertiría en una clientela y en su base de sustentación política.

En este sentido, Batlle y Ordóñez prolongó —acrecentándolo después de su triunfo en Masoller (1904) sobre el ruralismo blanco,

acaudillado por Aparicio Saravia— la vieja tradición colorada de Montevideo. El gran puerto intermedio y final de una de las rutas del Imperio británico. Análogo, por sus rasgos definitorios, a El Cairo, Ciudad del Cabo, Singapur o Valparaíso (v. Jean L'homme, *Le bourgeois conquérant*). Y esa analogía implicaba —precisamente— una "política de fachada": muelles inobjetable para la exportación de materias primas —sobre todo carnes y

lanas de "la tierra purpúrea"— y para la importación de objetos manufacturados provenientes de la City. Con otras palabras, monocultivo y dependencia. O, para echar mano de una fórmula más precisa: el Uruguay de Batlle y Ordóñez llegó a producir lo que no consumía y a consumir lo que no producía.

Entre Gabriel Terra y Aparicio Méndez

La estructura uruguayo articulada sobre el puerto-fachada, con to-

da la engañosa apariencia de moderna prosperidad (como que el PBI se redistribuía entre un 75 por 100 que le tocaba a Montevideo y sólo un 25 por 100 para el resto del país), sufre un primer desbarajuste como consecuencia del *crack* de 1929. Dato que se inscribe en la larga serie de fracturas en todo el mapa de América Latina. Con el previsible y matizado corolario de crisis políticas de ruptura manifiestas en la violenta caída de Presidentes: Hipólito Yrigoyen en la Argentina, Washington Luz en el Brasil, Leguía en el Perú, Machado en Cuba. Sólo se sustrae a esa *debácle* en cadena "El Bisonte" Gómez, de Venezuela, gracias a la sustentación financiera que le otorga el petróleo de Maracaibo en su oleaginoso esplendor.

En el Uruguay de 1933 ese síndrome lleva un nombre: Gabriel Terra. Que condensa sobre sí lo que podría llamarse la crisis del optimismo batlliano. O, mejor aún: límites de la imaginación liberal uruguayo. Tanto es así, que el autoritarismo de Terra —impregnado por el corporativismo de Mussolini de esos años como por lo que aún se

consideraba "eficiencia jerárquica" del modelo primorrieverista de la década anterior— no sólo vuelve a poner en escena al Ejército, arrinconado a lo largo del predominio civilista de Batlle y Ordóñez, sino que convoca a colaborar a una serie de hombres de derecha autodesignados **apolíticos**, entre los cuales se destacaba, significativamente, el actual Presidente impuesto por los militares, Aparicio Méndez.

Ya se quejaba Unamuno: los partidos del Uruguay pueden resultar confusos en sus contenidos a raíz de su cromatismo —Blanco o Colorado—, pero analizándolos a través de su continuidad y de las trayectorias de sus hombres en lo que implican como conexiones y coyunturas, van más allá de ese nominalismo político y ponen las cosas a foco.

Crisis, Artigas y reclutamiento

La reaparición de hombres como el actual Presidente Méndez —por consiguiente— debe vincularse a la segunda crisis estructural del Uruguay. Porque si la de 1933 tuvo su epicentro en Wall Street (precisamente en el momento inicial de reemplazo del imperialismo inglés por el norteamericano), la que muestra sus fisuras iniciales hacia 1955 debe conectarse con el segundo momento de sustitución de metrópolis. Con el agravante de que si los productos básicos de exportación del Uruguay hacia Inglaterra significaban el 81 por 100 de su comercio exterior, en el caso de los Estados Unidos se produce una flagrante superposición y conflicto de intereses entre los ganaderos de Canelones, Minas y Treinta y Tres con los del Medio Oeste norteamericano (v. Juan E. Pivel Devoto, **Historia de la República Oriental del Uruguay**).

Es decir, que la crisis que se pondrá en la superficie cuando Bordaberry, en 1973, llame al Ejército con el pretexto de combatir a los **tupamaros**, tiene sus raíces en la segunda posguerra. Luego del típico **boom** exportador entre 1939 y 1945. Incluso agravándose a partir de 1952, cuando el fin de la guerra de Corea liquida las especulaciones rioplatenses con una tercera guerra mundial, que de nuevo favoreciese las exportaciones agropecuarias. Y como el proyecto reformista de Batlle y Ordóñez a lo sumo insinuó una alteración de variables, pero jamás tocó la estructura global del campo —en virtud de las concesiones que tuvo que hacer al ala derecha del coloradismo—, la zona agropecuaria prosiguió su trayectoria operando con procedimientos cada vez más obsoletos. Incluso, relativamente, mucho más anquilosados que lo que la restauración latifundista posterior a la primitiva reforma agraria de Artigas, hacia 1815, había fijado.

Envejecimiento que, de manera correlativa, fue penetrando en Montevideo hasta impactar a las franjas que tradicionalmente "se

habían puesto al día". Ejemplo concreto: el espacio cubierto por los hijos y nietos de inmigrantes favorecidos inicialmente por el batllismo. La franja de las llamadas profesiones liberales urbanas. En crisis refleja y vertiginosa, y que, defraudadas en sus viejas expectativas, degradadas económicamente y acorraladas en lo político, van contribuyendo al grueso del reclutamiento **tupamaro**.

Campesinos, Frente Amplio y tupamaros

Diversas respuestas inéditas le inquietantes de manera creciente para el **establishment** se van configurando como resultante de ese fenómeno. De la verificación de los límites del reformismo batllista y sus secuelas modernizantes y del agotamiento de las propuestas consabidas de blancos y colorados.

En primer lugar, la marcha sobre Montevideo de los campesinos del departamento de Artigas. Movimiento pacífico y de rasgos masivos, alteró de tal manera la tradición montevidéana, que diarios conservadores como **El Día** y **El País** no tuvieron inconveniente en compararlo con "la invasión plebeya de Pancho Villa y Emiliano Zapata en el México de 1914". No descartando —como en la época de Woodrow Wilson— la posibilidad de apelar al desembarco de la marinería imperialista.

En segunda instancia, el malestar popular —por la movilizadora influencia de la revolución cubana en los años sesenta— en términos políticos se va canalizando en la agrupación Fidel, que, finalmente, desembocará en el Frente Amplio. Que lleva de candidato a la Presidencia a un militar legalista, el general Liber Seregni, con el apoyo de socialistas, comunistas y los grupos disidentes por la izquierda de los tradicionales Partidos Blanco y Colorado.

Pero después de la verificación de los límites del espontaneísmo de la marcha realizada por los campesinos de Artigas y de la derrota electoral del Frente Amplio, con el posterior encarcelamiento de su líder, el general Seregni, numerosos grupos de los sectores medios urbanos pasan a engrosar el movimiento **Tupamaro**. Sus acciones resultan tan asombrosas como técnicamente inobjektas. Incluso elaboran una variante en la teoría de la guerrilla: el eje operativo de la sierra se desplaza a "la jungla" de las grandes ciudades. El Régis Debray de **Revolución en la revolución**, que tomaba como modelo a las técnicas cubanas, es corregido por la experiencia montevidéana. Pero la sofisticación de sus operaciones —a partir, sin duda, del alto nivel profesional de la mayoría de sus componentes—, si bien provoca admiración a nivel popular, en ningún momento logra identificación. Y su **excepcionalidad** militar va condicionando un paulatino aislamiento respecto de las masas.

Represión, purificaciones

El golpe militar brasileño de 1964, encabezado por el mariscal Castello Branco, y el de la Argentina de 1966, dirigido por el general Onganía, con sus nítidas características de **colonial-fascismo**, estimulan a los sectores reaccionarios del Uruguay frente a un proceso que amenaza con desbordarlos. Incluso las fuertes tradiciones de presión desde el río Grande brasileño y desde el río de la Plata argentino (cuyos orígenes se remontan a la disputa de los Imperios portugueses y el español en el siglo XVIII en torno a la Colonia del Sacramento y a su corolario representado por la guerra entre Brasil y Argentina, resuelta, de manera **componedora**, en 1829, por el embajador lord Ponsonby, y la estrategia imperial de Canning) condicionan



Bordaberry no resultaba lo bastante manejable para los militares, pese a la máscara civilista que les prestaba



El actual Presidente, Aparicio Méndez, ha iniciado su depuración política por Decreto institucional.

el llamado de Bordaberry a los militares.

Y a partir de ahí, la secuela regresiva. Que no sólo arrasa brutalmente con los **tupamaros**, con débil cobertura popular, y con los dirigentes sindicales y representantes estudiantiles vinculados al Frente Amplio, sino que se profundiza con la eliminación política del propio Bordaberry, no suficientemente manejable para los militares pese a la máscara civilista que les presta y que llega a definirse como **bordaberryzación**. Prosigue con la acción liquidadora de notorios instrumentos de la CIA, el sometimiento incondicional a la JID (Junta Interamericana de Defensa) en la VIII Conferencia Naval de Río de Janeiro y la digitación del actual Presidente, Aparicio Méndez. Hasta culminar con la serie de asesinatos que se expanden sobre la Argentina de dirigentes críticos, como Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez.

Al modelo ofrecido por el "milagro" brasileño se le superpone aquí el modelo de "vaciamiento de país" típico de la Argentina y Chile: más del 7 por 100 de la población uruguaya ha salido en un nuevo éxodo. Una parte refugiada en Buenos Aires antes del golpe del general Videla, organizada en el ROE (Resistencia Obrero Estudiantil), ha denunciado no sólo que hay dos presos políticos por cada mil habitantes, sino que han aparecido 753 cadáveres de militantes uruguayos. (Compensatoriamente, el **Business Week**, de Nueva York, anuncia un crecimiento del 4,1 por 100 del PNB). Y el mal sigue: María Elena Quinteros es secuestrada de la Embajada venezolana, donde había buscado asilo, lo que provoca la ruptura de relaciones entre Caracas y Montevideo. Dirigentes obreros como León Duarte y periodistas como Enrique Rodríguez Larreta, de **El Cronista Comercial**, de Buenos Aires, son asesinados. La capital argentina se ha convertido en una "ciudad abierta" para los servicios de represión uruguayos, como acaba de anunciarlo el corresponsal de **Le Monde** en el río de la Plata.

Y para redondear el panorama, el actual Presidente, Aparicio Méndez, ha iniciado su **depuración** política por Decreto Institucional número 4, privando de sus derechos civiles por quince años no sólo a quienes actuaron en partidos marxistas, sino a políticos de extracción liberal, como Wilson Ferreyra Aldunate (autor de una memorable carta al general Videla denunciando duramente el asesinato de su adversario político Zelmar Michelini).

La muerte civil ya no es sólo una figura en el Uruguay de 1976; jurídicamente se elimina a todo aquel que discrepe del autoritarismo. Y si eso no es suficiente, la **muerte total** es el destino de los opositores, cuyos cuerpos aparecen flotando en las aguas del río de la Plata. El Uruguay no es más la Suiza de América. Mal lugar para el turismo un país convertido en patíbulo.